

IRENE M. ADLER

SHERLOCK LUPIN Y YO

UN CRIMEN EN NAVIDAD



La Navidad se avecina y no hay mejor regalo que pasar las fiestas en la campiña inglesa, en la agradable fonda King's White Horse. Pero, cuando uno de los huéspedes abandona la fonda bajo una memorable nevada y Holmes descubre en el sótano un ignorado pasadizo, Mila empieza a pensar que aquel lugar pintoresco esconde un tenebroso secreto. Y cuando, en Nochebuena, uno de los huéspedes muere repentinamente, ella tendrá que poner en práctica todo lo que ha aprendido de sus amigos para resolver el misterio.

Índice de contenido

Cubierta

Un crimen en Navidad

Capítulo 1. Un regalo perfecto

Capítulo 2. La querida y vieja Inglaterra

Capítulo 3. Un ambiente festivo

Capítulo 4. Los huéspedes de la King's White Horse

Capítulo 5. Una botella de Oporto

Capítulo 6. Una esmeralda entre los cristales de una botella

Capítulo 7. El misterioso señor Ormerod (o quizás no)

Capítulo 8. Un lugar soñoliento

Capítulo 9. Un patinazo monumental

Capítulo 10. Un chocolate de consuelo

Capítulo 11. La corriente de la verdad

Capítulo 12. Un ciclón con sombrero

Capítulo 13. Como en un sueño

Capítulo 14. Una singular cena navideña

Capítulo 15. Una botella de amontillado

Capítulo 16. Un macabro despertar

Capítulo 17. Miradas y sospechas

Capítulo 18. Un collar de misterios

Capítulo 19. La memorable Navidad de la señora Wilkin

Capítulo 20. Último acto en la King's White Horse

Capítulo 21. Un vieja historia y un fatal imprevisto

Capítulo 22. El olfato de Sherlock Holmes para los secretos

CAPÍTULO 1

EL REGALO PERFECTO

Hay ciertos días en que el pasado parece más lejano y desvaído. Días como este, en el que recorro las callejuelas empinadas y candentes de Capri en busca de un poco de paz entre el barullo de mis pensamientos. Días en los que me pregunto si lo habría podido hacer mejor, prestar más atención, cambiar el curso de los acontecimientos.

Es un enorme error teorizar en el vacío. Sin darnos cuenta, empezamos a deformar los hechos para adaptarlos a las teorías, en vez de ser a la inversa.

Estas palabras no son de mi cosecha, aunque se adaptan perfectamente a lo que siento en estos momentos. Fue Sherlock Holmes quien me las dijo hace mucho tiempo, y acabo de encontrar estas frases en el librito encuadernado en tafilete que contiene todos los relatos del doctor Watson sobre el gran detective. Las he subrayado a lápiz, como si esa marca en grafito pudiese grabar de una forma más clara en mi mente las palabras de quien, para bien y para mal, fue mi mentor. De todos los consejos que me dio, tal vez sea este el más valioso. Y al que menos caso le he hecho.

Incluso ahora, cuando arrecian en Europa vientos bélicos y los ingenuos pronósticos de una guerra relámpago avivan el entusiasmo de los contendientes, prendiendo hogueras que difícilmente se apagarán en breve, paso revista a mis acciones y trato de comprender cuándo y cómo habría podido dar un giro.

Pero la verdad es que quizá ya lo haya hecho.

Esperar nunca ha sido mi punto fuerte, por lo que vago por la isla como un fantasma, vestida con ondeantes prendas blancas que me ayudan a afrontar el fiero sol del Mediterráneo. Ni siquiera llevo sombrero y tengo el rostro oscurecido y salpicado de pecas. Los niños del lugar, que al principio me miraban con distanciamiento y recelo, ahora corren a mi lado cuando paso y me dedican grandes sonrisas. A mí me gustaría llenarme los bolsillos de caramelos y regalárselos cada vez que los veo, pero no sería una buena idea. No quiero que se fíen de mí, de una desconocida que ni siquiera habla su idioma. En estos tiempos hay que tener siempre mucho cuidado con saber quién es amigo y quién enemigo.

Pero ¿acaso no ocurre en cualquier época?

Yo tendría que haberlo comprendido antes, así quizá las cosas habrían marchado de una manera distinta. Sobre todo con Sherlock. Y con Billy. Pero ahora no puedo más que repasar recuerdos intentando sacarlos de los cajones de la memoria sin que se rompan o se arruguen, como ropas ajadas por haberlas usado demasiado. Y, al igual que la ropa muy usada, algunos son increíblemente cómodos. Me encanta envolverme en ellos, saborear cada instante, revivirlos a fondo, olfatear su olor. Como los olores a madera, a cuero, a chocolate y a fuego de la chimenea que me retrotraen veinte años, a la fonda King's White Horse, donde pasamos una inolvidable Navidad. El sol abrasador de Capri desaparece de repente y vuelvo a ver la nieve, muchísima nieve rodeándonos y atenuando los ruidos, cubriendo el mundo con un manto acolchado.

Y pensar que aquel viaje no estaba en absoluto planeado...

—¿Qué podríamos regalarle a Sherlock? —preguntó Irene en Piccadilly Circus, mirando a todas partes.

Desde los desafortunados acontecimientos del verano cuando, durante una lluvia terrible, un vehículo que circulaba a toda velocidad nos había ensuciado con el barro de un charco, no habíamos puesto el pie en aquel elegante barrio. Pero la Navidad estaba a las puertas, e Irene había decidido arrastrarme a una tarde de compras en busca de regalos. Aquella vez nos acompañaba Billy Gutsby, nuestro mayordomo para todo, que a esas alturas considerábamos uno más de la familia y que en aquella ocasión concreta mi madre había reclutado para que nos echara una mano con los paquetes. Paquetes que, no obstante, por culpa de nuestros titubeos en la elección de regalos, tardaban en materializarse.

—¿Algo para sus abejas? —aventuré dubitativa. No conseguía imaginarme nada que pudiera interesar a nuestro famoso investigador Sherlock Holmes que no fuese un caso misterioso que resolver o sus amadas abejas, a las cuales se dedicaba completamente desde que había decidido retirarse.

—Me temo que ya lo tiene todo para la apicultura, si es que el laborioso Cullycutt logra tener listo el refugio invernal para las colmenas tal como el señor Holmes lo ha proyectado en vista de la tan anunciada nevada.

Hacía días que los periódicos anunciaban una inminente nevada, y Sherlock se había apresurado a preparar un cobertizo de madera para las colmenas.

Irene sonrió divertida y comentó:

—Si es que el mal carácter de Sherlock no lo ha hecho huir en cuanto ha puesto el pie en Briony Lodge...

Billy también sonrió, con un centelleo astuto en sus ojos azules.

—Cullycutt es un jovencito de inagotables recursos.

—Entonces, está en buena compañía —replicó Irene lanzándole una mirada a Billy.

Solo habían pasado unos meses desde que el joven se había presentado en nuestra puerta. Lo había enviado la

agencia a la que había recurrido mi madre adoptiva para encontrar personal de servicio. Pero, en esos pocos meses, Billy había sabido demostrar que era más que un mayordomo: era un experto en buenos modales, impecable en cualquier situación, pero también tenía útiles y fiables conocimientos de la *working class* urbana. No se asustaba ante nada y era capaz de conservar su aplomo en toda clase de circunstancias, desde una recepción importante hasta la frenética caza de un asesino. Y quizá aún más remarcable era que nuestro Billy conseguía llevarse bien con Sherlock, soportaba sus cambios de humor y la falta de templanza de su carácter. Enseguida habíamos comprendido que ya no podríamos prescindir de él.

Yo, con certeza, no podría...

Solo de pensarlo me sonrojé y disimulé mi repentina vergüenza con una tosecilla. No, no era por sus ojos azules y aquel cabello negro siempre perfecto, me dije mintiéndome solo un poquito a mí misma. Durante el verano, Billy se había convertido en mi confidente, la única persona a la que le había revelado un asunto que para mí era motivo de angustia.

Me llevé la mano al bolsillo de la falda, donde me había guardado las dos extrañas cartas que había recibido en verano. Un temor irracional me obligaba a llevarlas conmigo a donde fuera para impedir que Sherlock las encontrara, en el caso de que hubiera empezado a dudar de mí. Por mucho que me esforzara, no lograba comportarme de una manera totalmente normal con él. No después de que el misterioso autor de las misivas, cuya identidad aún me era desconocida, hubiese insinuado que había sido Holmes quien había matado a Godfrey Norton, el difunto marido de Irene, del cual mi madre adoptiva nunca me había hablado. Sherlock, naturalmente, había intuido que algo agitaba mi ánimo, pero Billy había sostenido que era normal en una chica de mi edad... y la misoginia de Sherlock había hecho el resto, logrando que se convenciera de que en el fondo

aquella debía de ser la explicación de mi extraño comportamiento.

Habían pasado unos meses y no había recibido ninguna carta más del misterioso informador. De vez en cuando, yo me decía que debía olvidarme de todo, quemar las dos misivas que tenía en mi poder y dejar atrás lo que seguro que no eran más que calumnias de un desequilibrado. Pero luego... Luego algo, todas las veces, me frenaba antes de hacerlo. Algo como la molesta sensación de estar rehuyendo un desafío. Y entonces volvía a leer y releer aquellas odiosas líneas, como si...

—¿Y qué piensas tú, Mila? —se coló la voz de Irene entre mis pensamientos.

—¿Eh? —pregunté mientras me veía reflejada en el escaparate de los grandes almacenes Fortnum & Mason.

—Hoy tienes la cabeza en las nubes —comentó mi madre—. Estamos buscando a la desesperada un regalo de Navidad adecuado para Sherlock, ¿recuerdas? Y, francamente, para el de Arsène tampoco tengo ni la menor idea —añadió abriendo cómicamente los brazos, como si estuviese a punto de rendirse ante aquel enemigo llamado Navidad.

—¿Alguna prenda de vestir? Él adora la elegancia —reflexioné.

—Es lo que estábamos comentando hace unos instantes, pero... —dijo Billy.

—Pero es demasiado banal —concluí yo, y mis dos compañeros asintieron.

—El hecho es que esta es nuestra primera Navidad juntos después de tantos años y no quisiera hacerles un regalo cualquiera —explicó Irene, y su habitual expresión de seguridad se resquebrajó por un instante y dejó traslucir una leve ansiedad.

Le sonreí comprensiva. Mi madre adoptiva era una mujer excepcional. Había llevado una vida ajena a las normas, había sido espía y aventurera, nada podía detenerla, pero

la afección era su punto débil. En particular con Arsène y Sherlock, que habían sido sus mejores amigos en los años de la adolescencia y a los que había tenido que abandonar precipitadamente. Ahora que se habían reencontrado y hecho las paces tras cincuenta años de distanciamiento, era comprensible que quisiera recuperar el tiempo perdido.

Miré a mi alrededor en busca de inspiración. En el escaparate de Fortnum & Mason, una espectacular decoración navideña reproducía un paisaje nevado, con su pequeño trineo y sus casitas iluminadas por minúsculas velas. Pese al olor penetrante de la contaminación londinense, casi me pareció percibir el aroma a resina y canela que asociaba a mis Navidades en Estados Unidos. Aquella iba a ser mi primera Navidad lejos de la que había aprendido a considerar mi patria, y por un momento me sentí perdida. De nuevo estaba cambiando de vida, de costumbres, incluso de tradiciones...

—¡Eh, acabo de tener una idea! —exclamé de pronto.

—Oigámosla —dijo Irene con una sonrisa esperanzada.

—Si os digo «típica Navidad inglesa», ¿en qué pensáis?

—*Christmas pudding* y tarta —respondió Billy.

—Chimenea encendida —dijo Irene—. Frío afuera, un poco de nieve, un viejo *cottage* de madera en el campo...

—Villancicos y trineos tirados por caballos —añadió Billy.

—Mantas escocesas para arroparse, muérdago, chocolate caliente —enumeró Irene, cada vez más inspirada.

—¿Por qué no les regalamos a nuestros amigos... la Navidad? —sugerí, convencida de que era la mejor idea.

—¿En qué sentido? —dijo perplejo Billy.

—Oh, sería maravilloso... si existiese la manera de hacerlo —dijo Irene fascinada por la idea.

—Pues bien, ¡yo creo que esa manera existe! —declaré con una sonrisa misteriosa.

De hecho, antes de sumergirme en mis cenagosos pensamientos había visto algo que me había llamado la aten-

ción. Y aquel algo se encontraba colgado en el escaparate de la agencia de viajes Leighton & Baird.

CAPÍTULO 2

LA QUERIDA Y VIEJA INGLATERRA



Al entrar en casa grité: «¡Sorpresa!», pero nadie respondió. El salón de Briony Lodge estaba desierto.

—¡Sorpresa! —repetí, pero mi voz resonó en el vacío entre los silloncitos de *chintz* y las alfombras adamasgadas.

—Pero ¿dónde se han metido todos? —preguntó Irene con una arruga de preocupación entre las cejas.

A pesar del nuevo curso de nuestras vidas, lo más alejado posible de intrigas y maquinaciones, bastaba que tuviera lugar un pequeño contratiempo para que volviera a ponerse tan alerta como la agente secreta internacional que había sido, preparada para dar con sicarios en las sombras y otros peligros. Incluso a mí me hormigueaban las yemas de los dedos. Había crecido bajo la omnipresente y constante recomendación de estar atenta, de guardarme las espaldas, de no dar nada por descontado. Pero una carcajada familiar distendió nuestros miembros rígidos y preparados para reaccionar.

—Parece que los señores están en el jardín —observó Billy, tan escueto como siempre—. Les aconsejaría que se dejaran puestos los abrigo.

Corrí hacia la parte trasera de la casa. El jardín pelado que habíamos encontrado a nuestra llegada a Briony Lodge había dado paso a un digno rectángulo de pradera con una

hortensia que en verano, si se la abonaba y cuidaba adecuadamente, estaría dispuesta a obsequiarnos con una bella floración violeta, y con los rosales, que pese al duro clima habían logrado hacer brotar algunos capullos amarillos veteados de naranja, revelando la pertenencia de los arbustos a la variedad del tipo té. A principios de otoño, Billy había lijado y pintado la mesa de hierro forjado, y también las sillas habían recuperado su anterior esplendor blanquecino, sin que las mordeduras del óxido minaran sus patas. Allí, en aquel rincón resguardado, era donde Sherlock había colocado las colmenas de sus amadas abejas, y junto a ellas estaba reunido con Arsène y un chico poco mayor que yo vestido con ropa oscura de trabajo.

La carcajada de Arsène, cristalina y melodiosa, volvió a oírse.

—Cullycutt, da la impresión de que has conseguido contentar a nuestro Sherlock.

El chiquillo sonrió, dejando a la vista unos dientes enormes y un poco torcidos. Luego dio un golpecito en una especie de gran caja de listones de madera que cubría las colmenas.

—Ya les dije, señores, que en todo Londres es difícil encontrar a otro carpintero tan rápido como yo.

—Ejem... Aprendiz de carpintero querrás decir —precisó Billy con una mueca divertida.

—¡Bueno, pero no para siempre! —rebatía Cullycutt sin perder la sonrisa.

—Excelente, excelente, mi querido jovencito. El refugio invernal para mis abejas es exactamente como lo proyecté —comentó Sherlock observando la estructura de madera desde todos los ángulos, con las solapas del abrigo alzadas y una bufanda de cuadros alrededor del cuello.

—Sus indicaciones eran extremadamente precisas y cuidadas, señor Holmes —replicó el aprendiz.

Por toda respuesta, Sherlock le tendió un sobre, que Cullycutt, con cara de satisfacción, se metió en el bolsillo

de la chaqueta.

—Ahora tengo que irme sin falta. Señoras, señores... —dijo el chico, y, tras una torpe inclinación, cruzó corriendo la verja.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunté perpleja.

—Porque me temo que no tiene permiso de su patrón para hacer trabajitos por cuenta propia —respondió divertido Arsène.

—Cuántas cosas creéis vosotros, los jóvenes, que podéis escondernos a los adultos... —comentó Sherlock, y sentí que su mirada me quemaba la piel. Enrojecí y balbuceé sílabas inconexas.

—La sorpresa —me susurró Billy acudiendo en mi ayuda.

—Ah, sí... ¡Sorpresa! —exclamé, agradecida por aquella oportunidad de cambiar rápidamente de tema de conversación.

La mirada de Sherlock permaneció impasible.

—Veamos, es 22 de diciembre y vosotros habéis salido esta mañana porque Irene tenía intención de comprar los regalos de Navidad. Nada más entrar en casa, habéis venido inmediatamente aquí afuera, sin tiempo para dejar, y mucho menos para esconder, los paquetes. Esto hace pensar, naturalmente, que no hay tales regalos; de todos modos, conociendo bien a Irene, descartaría que haya tenido la sensatez de renunciar a la tediosa costumbre de los regalos navideños. Solo queda concluir que el sorprendente regalo que acaba de anunciar Mila es de naturaleza inmaterial e indudablemente no convencional. Una hipótesis que, francamente, ¡me hace sentir más escalofríos que el viento gélido que sopla aquí afuera!

Arsène estalló en carcajadas echando la cabeza hacia atrás.

—Uf... ¡Si solo se trata de unas pequeñas vacaciones! —bufó Irene, que le lanzó a Holmes una mirada ridícula.

—Ah... ¿Y qué os hace pensar que yo deseaba unas vacaciones como regalo de Navidad? —dijo Sherlock arqueando una ceja.

—¡Nada! Pero a mí me parece una magnífica idea —intervino Arsène en nuestra ayuda—. Y tú, Sherlock, resígnate: a nadie le fastidia la Navidad tanto como a ti.

—¿La Navidad te... fastidia? —le pregunté perpleja. Era una de mis épocas preferidas del año y no comprendía que no le pudiera gustar.

—No te lo he dicho para no estropear la alegría de las compras navideñas, pero, en cuanto se acercan las Navidades, ¡Sherlock se pone de pésimo humor, aunque se hunda el mundo! —confesó Irene en un tono vagamente burlón.

—No estoy de pésimo humor —protestó él.

—Siempre lo estabas de joven cuando empezaban a verse las primeras coronas de muérdago —se burló Arsène.

—¡Sí, pero con el tiempo he cambiado!

Me pareció entrever un resquicio de esperanza en aquellas palabras, así que le sonreí de manera alentadora.

—Pues sí. ¡La edad madura me ha permitido pasar de una sombría irritación a la completa indiferencia! —añadió con sorna Sherlock.

El resquicio entrevisto y mi sonrisa se fueron al traste en un abrir y cerrar de ojos.

—Al menos espera a oír adónde quieren llevarnos antes de empezar a refunfuñar —le reprochó burlonamente Arsène.

Irene sacó del bolso los papeles que acababa de entregarnos el empleado de la agencia de viajes y se los enseñó a sus dos amigos.

—En Leighton & Baird nos han garantizado que encontraremos la dulce atmósfera navideña de otros tiempos.

—¿La atmósfera navideña de otros tiempos?! —repitió Sherlock con los ojos desorbitados—. ¡Oh, por todos los dioses! ¿Y si yo cediera mi puesto a Billy también esta vez?